

LA MAS GRANDE PRUEBA DE FE Génesis 22:1-19

Yo creo que casi todo el mundo, creyentes o no, hemos escuchado, o leído, o por lo menos visto en alguna película, la historia de Abraham y su hijo Isaac. Todos sabemos de cómo Abraham iba a ofrecer en sacrificio a su hijo Isaac que era el hijo de la promesa, es decir, el hijo a través del cual habría una gran descendencia incontable por promesa de Dios. Ahora, ese Dios que le prometió una gran descendencia a Abraham, le está pidiendo que le entregue a su hijo. Parece como que no tiene sentido lo que Dios pide, pero el Apóstol Pablo dice: *“Pues lo que en Dios puede parecer una tontería, es mucho más sabio que toda sabiduría humana; y lo que en Dios puede parecer debilidad, es más fuerte que toda fuerza humana” (1Co. 1:25)*. Dios tiene propósito en todo lo que hace o permite.

Quienes somos padres podemos identificarnos con Abraham. Solo podríamos imaginarnos el dolor y la confusión en la vida de este gran siervo de Dios. De la alegría de tener un hijo en su vejez que sería el inicio de una descendencia incontable, que sería el inicio del pueblo elegido de Dios al dolor de entregarlo porque el mismo Dios que se lo había dado, ahora se lo está pidiendo. Su gran anhelo de ser padre se había cumplido y ahora estaba perdiendo esa gran alegría. Yo he escuchado a muchos padres decir: *“yo creo que yo no se lo hubiera entregado”*, pero esta fue sin duda la mayor prueba de fe de Abraham. Por eso y por muchos testimonios más, Abraham es considerado el “padre de la fe”. Y esto me lleva a hacerme cuatro preguntas: ¿Hasta dónde estoy dispuesto a sacrificar por amor a Dios?, ¿hasta dónde estoy dispuesto a obedecer a Dios?, ¿qué tan grande es en realidad mi fe en el Señor? ¿Se ha puesto a pensar cuál ha sido su mayor prueba de fe en Cristo?

La verdad es que algunos de los aspectos del mandato de Dios a Abraham parecen racionalmente inexplicables. En las culturas paganas era común que se ofrecieran niños a los dioses para apaciguar su ira, pero Jehová no era como esos dioses falsos; es más, ni siquiera estaba airado como para pedir esa clase de sacrificios. Pero además, esa petición de Dios contradecía su misma promesa y además iba en contra de su propia naturaleza moral. Entonces, ¿por qué lo hizo?, ¿qué quería Dios con esta petición aparentemente tan insensible, fuera de lugar y sin sentido?

Solo podemos imaginarnos la tremenda agonía del padre obediente, que, silenciosamente y con su cabeza llena de confusión, abandonaba el campamento sin decirle a nadie acerca del destino que le esperaba a su hijo. Uno solo puede imaginarse la tensión de Abraham, el dolor, sus lágrimas mientras cortaba la leña para el sacrificio de su propio hijo y preparaba su asno para el viaje en donde habría de ocurrir el holocausto. Fueron tres días de intensa agonía y sufrimiento y me imagino que su corazón se le partía cada vez que veía a su hijo o cada vez que su hijo le sonreía o le hablaba, o tal vez le jugaba una broma; hasta que finalmente llegaron al lugar. Otra vez, debió haber sido un dolor insoportable para Abraham llegar allí; tal vez él hubiera deseado que el viaje durara una eternidad, o quizás que sería mejor morir en el camino para no tener que sacrificar a su propio hijo.

Llegaron a la zona y Abraham les pidió a sus siervos que se quedaran allí mientras él y su hijo adoraban al Señor; y, entonces, la pregunta inevitable: *“He aquí el fuego y la leña; mas, ¿dónde está el cordero para el holocausto?”* (v.7). En la mente y el corazón de Abraham debió haber cruzado el pensamiento de *“¿cuál cordero?... tú serás el sacrificado; tú serás el cordero, hijo mío!”*. Pero Abraham respondió: *“Dios proveerá, mijito”*. Y seguían caminando.

Cuando llegaron al lugar, Abraham levantó un altar de piedra. En cada piedra seguramente iba derramada una lágrima de sangre y luego, tomar al muchacho que seguramente estaba con los ojos abiertos de la impresión. *“¿Qué haces, papá?”*, *“¿por qué me atas a mí?”*, seguramente fue el diálogo no escrito entre ellos dos. Estoy seguro que si el patriarca no hubiera tenido la plena convicción de que lo que estaba haciendo lo hacía en obediencia a la voluntad de Dios, no habría tenido la fuerza suficiente para resistir; se hubiera desmayado de la presión y de la impresión. Pero también vemos a Isaac que tendría unos 20 años de edad entonces y si este joven no conociera del amor, la bondad y la justicia de su padre, se habría defendido a capa y espada. Pero el hijo confió en el padre aunque seguramente no entendía nada de lo que estaba sucediendo. A veces Dios nos pedirá cosas que parecen no tener sentido o que no entendemos, nos pedirá cosas que en realidad no queremos hacer, pero nosotros debemos tener la actitud de estos dos siervos: la obediencia de Abraham y la confianza de Isaac, y pensar que si Dios lo manda es porque tiene propósito; uno que glorifique su Nombre y al mismo tiempo que fortalezca nuestra fe.

Cuando Isaac estaba tendido sobre el altar, su papá tomó un cuchillo, levantó su mano con el puñal y cuando estaba a punto de descargarlo sobre su hijo, el Ángel de Jehová le habla viniendo desde el cielo y le dice que no sacrifique a su hijo porque ya sabe que es un hombre temeroso (que honra, que respeta, que le da su lugar) de Dios y por eso iba a entregarle a su hijo. Note que el Ángel de Jehová habla como si fuera Dios, en primera persona: *“ya conozco”... “no me rehusaste”*. La mayoría de los estudiosos de las Escrituras coinciden que el Ángel de Jehová no es cualquier ángel, sino la manifestación del Señor Jesucristo antes de encarnarse en un ser humano.

Entonces Abraham alzó sus ojos y vio un carnero que se había atorado en unas ramas con sus cuernos. ¿Coincidencia? Los incrédulos dirán que sí porque siempre buscan una excusa para no creer, porque creer es comprometerse; pero los creyentes sabemos que en Dios no existen ni las coincidencias ni las casualidades. Fue Dios quien proveyó el animal para el sacrificio. Esta es la manifestación de la gracia de Dios en la vida de aquellos que le creen y le obedecen sin cuestionar nada: Dios provee. Miles de años después una historia similar se volvería a presentar. Esa vez Dios mismo experimentaría el dolor y el sufrimiento al entregar a su propio Hijo para el sacrificio y en esa ocasión no habría nadie que lo impidiese. Pero al igual que como pasó con Abraham e Isaac, Dios tenía propósito al permitir el sacrificio de su Hijo y estuvo siempre en control de todo; por eso lo resucitó al tercer día. La historia de Abraham y su hijo tuvo un final feliz; y la historia de Dios Padre y su Hijo Jesucristo también puede tener un final feliz si ha valido la pena el sacrificio por usted y por mí. Si Él reina en nuestras vidas, si es el Señor de todo, entonces la historia tuvo un final feliz.

Pero la historia de Abraham y su hijo Isaac podría parecer de lo más perversa si no hubiese sido por varios elementos que la componen: En primer lugar, es Dios quien habla y cuando Dios habla hay que obedecer; Dios sabe perfectamente lo que hace y está en perfecto control de todo. Además, Dios jamás nos permitiría hacer algo que vaya en contra de sus propios principios. En segundo lugar, la palabra clave está al principio de esta historia: *“...Dios probó a Abraham...” (v.1)*. Dios estaba probando a Abraham no porque quería saber cómo estaba la fe de Abraham; Dios lo sabe todo. Pero lo estaba probando para que Abraham mismo se diera cuenta de cómo estaba su fe. Abraham no era un hombre perfecto;

cometió muchos errores, pero estaba aprendiendo a conocer a Dios y, al conocerlo, estaba aprendiendo a amarlo y obedecerlo.

Así que no es una historia perversa; es una historia de amor, de fe y obediencia. La obediencia es el resultado de la fe. Es imposible decir que tenemos fe en Dios si no somos obedientes a su llamado, porque estamos diciendo que no le creemos y, como dije la semana pasada, si no le creemos entonces le estamos diciendo mentiroso (1Jn. 5:10).

Conclusión.

El amor por de Abraham por Isaac, aunque correcto y bueno, pudo haber sido más fuerte que su amor por Dios; pero no lo fue. A veces no nos damos cuenta de que para amar a nuestros hijos o a nuestra pareja, a nuestros padres y hermanos es necesario amar a Dios primero para que nuestro amor por ellos se perfeccione cada día, siempre.

Seguramente Dios no nos va a pedir nunca que sacrifiquemos a un hijo ni a nadie; pero la enseñanza aquí es ¿hasta qué punto amamos a Dios?, ¿hasta dónde estamos dispuestos a sacrificar por el Señor?, ¿cuál sería nuestra mayor prueba de fe hacia Él?, ¿qué cosas ocupan nuestra prioridad de vida?, ¿qué nos impide comprometernos con Él?

Hay cosas que aunque correctas y buenas pueden ocupar un lugar más importante que Dios, es decir, que las amamos más que a Dios. Cosas como la familia, el trabajo, la escuela, el clima, etc. Cuando esto ocupa la mayor prioridad entonces serán nuestra excusa para no comprometernos con el Señor, pero hoy Abraham nos enseña que cuando ponemos a Dios en primer lugar, vienen grandes bendiciones de parte de Él. Mire cómo termina la historia de Abraham e Isaac aquí: *“Y llamó el Ángel de Jehová a Abraham por segunda vez desde el cielo, y dijo: Por mí mismo he jurado, dice Jehová, que por cuanto has hecho esto, y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo; de cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar; y tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos. En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz. Y volvió Abraham a sus siervos, y se levantaron y se fueron juntos a Beerseba; y habitó Abraham en Beerseba”* (vv.15-19).

Como dije, Dios premia la obediencia y, ¿de cuántas bendiciones no nos habremos perdido por nuestras excusas, por pensar primero en

nosotros, en nuestra comodidad, en lo que queremos, en lugar de ser obedientes a su llamado? ¿De cuántas recompensas no nos habremos perdido de parte de Dios por estar aferrados a las cosas materiales o terrenales? ¡Oh, si tan sólo pudiéramos creer en sus promesas nuestras vidas serían muy diferentes; muchísimo mejor de lo que ahora pudieran ser!

Dios prueba constantemente la vida del creyente no para que Él se dé cuenta de cómo está nuestra fe. Él la conoce perfectamente; conoce nuestro corazón, nuestros pensamientos y nuestras intenciones. Dios nos prueba para que nosotros nos demos cuenta de cómo está nuestra fe y para que aprendamos a confiar en Él, a depender de Él, a darle el lugar que le corresponde en nuestras vidas: el primer lugar. Note esto: Abraham no sabía que Dios lo estaba probando y aún así respondió como Dios lo esperaba y por eso Dios lo llenó de bendiciones. Nosotros tampoco sabemos cuándo nos prueba pero, a diferencia de Abraham, sí sabemos que nos prueba, ¿y cómo vamos a responder? Dios puede probar nuestra fe usando nuestra salud, situaciones con los hijos, el matrimonio, el trabajo y las posesiones, ¿y cómo vamos a responder?, ¿aferrándonos a esas situaciones, quejándonos y alejándonos de Él, o aferrándonos a Él, alabándole, sirviéndole y siendo obedientes en todo tiempo?

No se trata de que dejemos de amar a nuestra familia; tampoco se trata de que no queramos vivir mejor, tener una casa mejor, un carro mejor, ganar mejores sueldos, estudiar, crecer, etc. Se trata de que nada de eso ocupe el lugar de Dios y la única manera que tenemos para demostrar que Él tiene el primer lugar en nuestras vidas es siendo obedientes a su Palabra, a su llamado, sirviéndole de corazón y amando a los demás. Entonces nuestra fe será genuina y disfrutaremos de las grandes bendiciones que el Señor tiene reservadas para nosotros; mucho más de lo que ahora tenemos porque Dios premia la fidelidad. Que esas bendiciones no se queden en el cielo. Amén... Vamos a orar...